

.EL ECO DE LA CARRETERA.

(Saúl Bermejo).

La oscuridad era mi mundo, el único refugio cálido y seguro que conocía, pero ya no estaba en calma. Ahora mi mundo era como una balsa de agua agitada por un vaivén constante que rompía la quietud que yo había conocido. El latido que me mecía, fuerte y rítmico, se había vuelto un redoble acelerado, desesperado, a veces tan rápido que temía que se desbocase. Yo no sabía qué era el miedo, pero podía intuirlo filtrándose en mi ser a través de su pulso.

Ella era mi universo. Cada uno de sus movimientos eran también los míos. Si ella se encogía, yo me plegaba; si ella corría, yo me precipitaba en su interior. Ahora, ese movimiento era siempre el mismo: un avance torpe, un caminar agotador, interrumpido por sacudidas bruscas y el sonido que yo identificaba como *el trueno*.

El trueno no era comparable con nada que yo hubiese conocido antes. Este era un estruendo que le llegaba a los huesos, que hacía vibrar sus órganos, y que venía acompañado de un dolor agudo que violentaba todo su cuerpo. No era mi dolor, pero la tensión era tal que todo se oprimía a mi alrededor. Luego venía el grito, no solo el suyo, sino miles de gritos, convertidos en un coro ronco cuyo eco se elevaba y se perdía entre la roca y el mar.

Llevábamos días en esta danza terrible. Había una luz roja que a veces se colaba, tenue, como un atardecer, pero lo que realmente me guiaba eran los sonidos que ella no lograba filtrar. Ya no era solo el roce áspero de la tela sobre su cuerpo en movimiento o el jadeo brusco de sus pulmones. Ahora era la sinfonía de la huida: el chapoteo rítmico de los pies descalzos sobre la gravilla y el asfalto, la tos seca de los ancianos, el llanto agudo de los pequeños que no entendían el castigo de esa marcha sin fin. Percibía la proximidad de otros cuerpos, la presión constante de la multitud que se movía como un animal asustado que huye en plena cacería.

Éramos un río de cuerpos en movimiento, y yo, una pequeña partícula flotando dentro de la gota más preciada de ese río.

Esos primeros días de huida fueron de una velocidad frenética, mi mundo interno vibraba con una energía casi de éxtasis donde la luz roja se alternaba con la más absoluta oscuridad. Pero pronto la velocidad se transformó en pesadez y pausa. El cuerpo de ella se convirtió en un peso muerto que avanzaba solo por inercia. En cada kilómetro, sentía como se desvanecía su voluntad de continuar. Sus músculos, antes suaves y protectores, se volvieron resortes tensos y dolorosos. La vibración de sus pasos me transmitía ahora la textura del camino: roca, barro, pavimento desgarrado.

En la paz de las noches, si es que la había, el frío era un enemigo que se colaba más allá de su piel. Se acurrucaba en mi refugio, haciéndome sentir vulnerable. Ella temblaba, y su temblor era mi única manta. A veces, la masa de cuerpos se detenía y la quietud era casi más aterradora que el avance. Escuchaba el murmullo de las plegarias, las palabras dichas con la garganta seca: “*Málaga*”, “*hambre*”, “*ellos*”, y siempre, “*Almería*”.

Recuerdo, aunque recordar es una palabra que aún no existía para mí, la sed y el hambre. La sed era una aridez que me reseca, que hacía que sus venas se volvieran cuerdas tensas. El agua que me nutría la sentía escasa, como un hilo tibio que apenas alcanzaba a recorrerme. No era el abrazo líquido y generoso de antes, sino una caricia mínima y tenue, que siempre llegaba tarde y se evaporaba en cuanto me tocaba. El hambre era un agujero en su estómago que yo sentía como un hueco frío, una amenaza a mi propia supervivencia.

En una de esas paradas bajo la roca, percibí otros mundos cercanos. El límite de mi cuerpo se apoyaba en la calidez de otros cuerpos cercanos. Escuchaba los latidos de otros corazones, algunos pequeños y rápidos como pajarillos, otros lentos y desgastados. Una voz de mujer, rota y dulce, cantaba una nana sin melodía, solo un hilo de sonido para acunar a un mundo más pequeño que el mío. El canto se cortaba con un sollozo y ella se apretaba más contra la pared.

Mi madre suspiró, un sonido grave que resonó en mi refugio como un tambor apagado, y sentí el peso de su tristeza, un plomo frío en su pecho. La mano de mi madre, antes fuerte y protectora, ahora se posaba sobre mi refugio como una losa, pesada y quieta. "*Aguanta, vida,*" oí en un susurro, tan cerca que la vibración de su voz se sentía en mi propia piel. "*Tenemos que llegar. Por ti*".

Y entonces llegó *el Trueno Grande*. No venía de la tierra ni de la multitud; venía de arriba, de un lugar que era solo luz y horror.

El primer aviso era un zumbido agudo, penetrante, que taladraba la carne. Ella se encogía al oírlo, y yo me plegaba, comprimido por sus músculos tensos. Luego, el estruendo. No era un sonido, era una demolición. El aire, el mar, la tierra, todo se convertía en una sacudida brutal. Sentía que mi mundo estallaba, que todo a mi alrededor se desgarraba por la fuerza. El golpe en la roca generaba una onda de choque que me mareaba, que me dejaba suspendido sin equilibrio. El miedo que me filtraba era tan intenso que era casi alucinatorio: un sabor a óxido y desesperación.

Las voces de la multitud se elevaban hasta un rugido animal, y el avance se convertía en un caos de caídas y pisadas. Ella era golpeada, empujada, y yo sentía cada impacto, cada magulladura, como un rebote interno. Una vez, el choque fue tan fuerte que un dolor punzante, que no era mío pero que me afectaba, la hizo gritar de forma ahogada. Un grito que no pude interpretar, solo sentir como una descarga eléctrica.

Fueron horas, días, de alternar la marcha agotadora con los ataques incesantes. La carretera se había convertido en un campo de exterminio. Sentía la presencia constante del mar, el olor a sal y la humedad que la brisa traía, pero también el olor nuevo y terrible que se pegaba a su ropa, un olor a quemado, a pólvora, a muerte.

Cuando llegaban "los barcos", la vibración era diferente. No era el impacto aéreo y seco, sino un golpe sordo, pesado, que venía del horizonte. La onda expansiva viajaba por la

costa y, al golpear la pared de roca junto a la que caminábamos, la hacía temblar entera. Ella se agachaba con un esfuerzo inmenso, cubriendo mi refugio con sus manos débiles, un gesto inútil, pero lleno del amor que era mi única verdad.

Yo me alimentaba de su coraje, pero ella se estaba vaciando. El hambre se hizo crónico. Ya no era un hueco, era una ausencia. Mi mundo se volvió más espeso, más cálido, y el tamborileo que había sido la música de mi vida comenzó a mostrar irregularidades: latía de forma errática e irregular. La escuché toser sin parar, una tos que la hacía doblarse en dos, una vibración seca que me sacudía como una nuez dentro de su cáscara.

Los encuentros humanos eran breves y dolorosos. En una de las pausas, sentí el calor de una mano ajena. Escuché una voz ronca y grave: "*Vas sola, ¿verdad? No te pares, mujer. Vas a morir aquí.*" Sentí que un cuerpo se arrastraba, el sonido de huesos rotos o de un peso inerte siendo desplazado. Ella solo respondió con un gemido, un sonido que yo no le conocía, y se levantó, empujada por esa mezcla de piedad ajena y terror propio.

La imagen, que yo traducía como luz roja intermitente, se hizo más oscura. La fatiga era tal que ella caminaba en una especie de trance, éramos dos cuerpos moviéndonos sin control. Yo sentía el roce constante de la mugre, la grava que se incrustaba en sus pies, pero ya no había dolor discernible, solo un entumecimiento general.

Llegamos a un punto donde el eco era constante. La carretera se estrechaba y el acantilado se hacía más alto. Había cuerpos y objetos inertes por todas partes. El redoble era tan lento que se confundía con el rumor lejano de las olas. Ella estaba al límite de la extenuación. Escuché su oración final, no una súplica, sino una orden al destino: "*Almería, por favor, solo Almería.*"

La última luz que vi no fue la del sol, sino la de una explosión cercana, un fogonazo rojizo que pintó por dentro las paredes de nuestro mundo.

El impacto final nos alcanzó cuando estábamos en la orilla, cerca de las olas. No fue un trueno, sino un golpe directo, seco. Sentí que el universo entero se deshacía. El cuerpo de mi protectora se desplomó sin un sonido, suavemente, como si el cansancio la hubiese vencido al fin. El golpe contra el asfalto fue el último movimiento violento que experimenté.

Esta vez no hubo pánico, ni gritos de la multitud; solo una rendición total. Y el redoble que había sido mi guía, mi ritmo, el corazón que me daba la vida, comenzó a disminuir. Más lento, más débil, más lejano. El calor se fue, reemplazado por un frío absoluto. Como una vela que se apaga.

En ese momento de quietud, cuando el frío empezó a invadir mi refugio y el latido se convirtió en un susurro y luego en nada, entendí que ya no habría Almería. No habría camino, ni sol, ni aire para mis pulmones. El fascismo, con sus barcos grises y sus aviones negros, había alcanzado a mi madre y, a través de ella, había llegado hasta mí, un ser que no conocía el nombre de la guerra, ni el color de una bandera, ni la forma de un fusil.

En ese vientre de la carretera, yo, que nunca tuve nombre ni peso, me convertí en un silencio. En un diminuto y anónimo trozo de esa *Desbandá*, una de las muchas víctimas que murieron antes de nacer, no de hambre o de frío, sino de la brutalidad que se ensañó con los que huían de la luz de un sol que ya era sangre.

Yo era su hijo, un hijo aún por nacer, y la violencia que la mató a ella, me mató a mí, a un metro de distancia del mar al que nunca pude llegar.